

INTRODUCCIÓN

UN ANÁLISIS PLURIDISCIPLINAR DE SEIS MODOS PARTICULARES DE VIDA HISPÁNICA

Varios números de los “Cuadernos de Estrategia” han permitido a los miembros del Seminario de Mundo Hispánico enfocar su atención investigadora y crítica sobre dos dimensiones muy destacadas que, durante la década final del siglo XX, presenta la actualidad del bloque de sociedades nacionales integradas en el mundo de habla española y lusófona. Ante todo nos centramos básicamente en analizar la urdimbre, ya bastante tupida, de acuerdos y resoluciones tejidos por las diez Cumbres anuales de la recién instaurada Comunidad Iberoamericana de Naciones.

Pero además hemos ido seleccionando zonas especialmente sensibles del conjunto de este mundo hispánico, a fin de ofrecer al sector especializado de lectores habituales de los Cuadernos, es decir, a los cuadros políticos y militares de nuestros países, un examen objetivo de hechos y situaciones. Ello equivale a decir que el propósito de nuestro equipo de investigadores se ha ceñido a la idea estrictamente científica de servir con el mayor rigor posible a la verdad, a la vez que a la responsabilidad pensante de nuestra propia estrategia cultural y espiritual como tal comunidad humana decisiva en el difícil trance universal que nos ha tocado atravesar.

Hemos procurado seguir con atención (ésa es nuestra especialidad) el debate ideológico que legítimamente se confronta en la opinión pública de nuestras sociedades, atendiendo de modo habitual los más cualificados canales de información y consulta disponibles. Lo que no hemos hecho,

porque como tal grupo de investigación no nos corresponde, es atribuirnos en nuestros trabajos ninguna función de participante activo en tales debates y conflictos ideológicos. Dentro de lo relativa que es la objetividad que se trata de concretar en cada hecho científico, nos hemos atenido escrupulosamente a los hechos.

Sin embargo, sentado lo anterior, lo que sí hemos procurado ofrecer también a nuestros lectores es una visión radicalmente inconformista con los lugares comunes establecidos. Hicimos, pues, una lectura de los hechos alejada de todo panegírico y de todo antagonismo, que nos permitiera a todos, investigadores y lectores, empinarnos por encima de "las bardas del corral" en el que tópicamente se enclaustran los enfoques particularistas de los intereses de cada visión nacionalista o partidista al uso.

Y la razón de esta actitud es bien simple. No podremos ocupar el lugar que colectivamente nos corresponde a los pueblos hispánicos en el nada complaciente escenario mundial de nuestro entorno, si no crece deprisa el porcentaje de nuestros políticos, intelectuales, militares y demás profesionales, hombres de negocios y de gestión de empresas y capitales, ejercitados en dar dentro de sí un gran salto cualitativo. El que cada uno de nosotros, y de nosotras, necesita producir para ser ya idóneo en servir y no en degradar esta insólita oportunidad de transformación ascendente del hombre que de pronto se nos ha concedido. Lo cual es cierto que está latente en toda época histórica o generacional. Pero en unas casi nada explícito y en otras de modo desbordante. Advertir lo que nuestra época tiene de eminente en este aspecto, y alertar sobre ello, ha sido nuestra tarea.

Pues bien: ese reto lo primero que exige de cada uno de quienes tienen que tomar decisiones colectivas, tanto como su honesta condición personal, es una capacidad de juicio crítico en profundidad para la cual no nos han preparado los sistemas educativos disponibles. Esto lo ha sabido ver con la imprescindible rudeza filosófica Cornelius Castoriadis. "Una nueva relación con el pasado supone revivirlo como nuestro y como independiente de nosotros, es decir, que seamos capaces de entrar en discusión con él, aceptando al mismo tiempo que él nos cuestione (1)".

En otras palabras, tenemos que aprender a construir lo mejor de nosotros mismos, apartándonos de la amnesia histórica en que vegeta mudo el

(1) *Figuras de lo pensable*, Cátedra, 1999.

hombre insignificante. No es que en ese distanciamiento no haya tenido que ejercitarse siempre el graciano "hombre que lo es" (en su versión masculina o femenina), tan trabajado en su clásica imagen heroica por el general Alonso Baquer. Pero es que hoy están sonando ya demasiadas alarmas para negarse a despertar. Y sólo en la medida en que en esto tan sencillo demos la talla se nos podrá confiar después algo tan importante como entrar en discusión creadora con el pasado de mil años que tenemos a los espaldas, para saber en qué es en lo que él nos interpela, y cuál es el nivel de grandeza al que lo nuevo que hagamos no desmerezca de cuanto de noble hizo antes nuestra gente.

No es otra cosa, insistimos, lo que procuramos transmitir al lector en estos años, como única pasión complementaria que hemos combinado con el más riguroso prurito de cientificidad estricta. Lo uno está muy lejos de estorbar a lo otro. Al contrario. No sólo de conocimiento empírico y racional viven el hombre o la mujer protagonistas de este tiempo en que se apagan las dos modernidades de Occidente: la hispánica cuyos valores espirituales están hoy presentes en todos los continentes y todas las razas, y la eurocéntrica y angloamericana. La vida no la hemos recibido en vano. Entre su equipamiento figura necesariamente la "hombredad" unamuniana u hombría de honor a la que se ha proclamado siempre sensible entre nosotros el hombre de armas al servicio de su sociedad e historia y más que nunca en una sociedad democrática. Todos militamos, en este sentido del pasado "caballeresco", en la hazaña de levantar más alto, a nuestra costa y no a la del otro, una civilización que tenga en cada uno de nosotros un nuevo punto de referencia humano. Y pobre del que reduzca a retórica vacía las palabras que declaran los valores vivos de los que tiene que alimentarse.

El coronel Arce esboza un haz de variables de conjunto. El fenómeno del caudillismo, como institución endémica de la política en las sociedades hispanoamericanas y Brasil, constituye un marco de referencia adecuado para comprender muchos problemas de aquellos países. El proceso de instauración de democracias bien asentadas, que ha obtenido resultados importantes en la pasada década de los noventa, sigue encontrando un obstáculo a tener muy en cuenta en la tradición decimonónica que asignó su tópica figura carismática a los "espadones" o caudillos populares. Y mientras las circunstancias socioeconómicas no superen en tiempo de turbulencias que ahora atraviesan los Estados iberoamericanos, el peligro de vaciamiento de las actuales transiciones democráticas generalizadas seguirá siendo grave.

Todo lo cual no ocurre por azar irracional. Como destacábamos en nuestro número anterior de los "Cuadernos", el acontecimiento catastrófico que en su aspecto negativo trajo consigo el desmembramiento de la Monarquía Hispánica tuvo no pocas consecuencias de guerra, caos y desastre para las poblaciones de los nuevos Estados. También destacamos en su momento el papel paradigmático que en aquellas circunstancias jugó uno de los raros grandes estadistas de la época, el canciller mexicano Lucas Alamán, quien además de hacer todo lo posible para celebrar en Tacubaya el congreso anfictiónico de las jóvenes repúblicas soñado primero por Bolívar en Panamá, tuvo que hacer frente también dignamente a las pretensiones desbocadas de las logias norteamericanas.

Lo cual le valió, claro está, su exclusión perpetua en la galería iconográfica de próceres del tópico "liberalismo" antihispánico y anticatólico. Tan sesgado, ciertamente, en ideología y juicios como sus antagonistas antipopulares del "conservadurismo" reaccionario. Y quizás el símbolo máximo de esa figura del héroe romántico de un "militarismo" manipulado por la correspondiente trama golpista nos lo dé, en aquella primera mitad del siglo XIX, el mexicano Agustín Iturbide, arquetipo del general-latino (afrancesado)-emperador-fusilado de la época.

Porque es en ese punto donde pienso que radica el descarrilamiento de origen de las nuevas patrias y presuntas democracias hispanohablantes. Siempre tenemos que buscar, a la espalda del "caudillo" militar, el tinglado de fuerzas civiles oligárquicas que, ansiosas de convertirse en burguesías propietarias al deshacerse el gobierno español que se lo impedía, (relativamente), no vacilan en "llamar a la puerta" de los cuarteles una y otra vez. El mal, la enfermedad pública que aparece siempre vinculada al esperpéntico y más o menos sanguinario "hombre providencial" u "hombre fuerte", sólo secundariamente constituye un fenómeno social "militarista". Quien mueve los hilos de la trama es siempre la endémica corrupción de los ambiciosos grupos oligárquicos de turno.

Oligarquías civiles dispuestas sin cesar a todo para imponer por las armas (de sus servidores castrenses) el despojo sistemático de la consabida desamortización: tanto la de los bienes comunales del pueblo pobre (casi siempre, pero no siempre, indígena), heredados de la administración española, como los de las comunidades y jurisdicciones eclesiásticas. Mucho más benévolas y civilizadoras éstas, en todo caso (por regla general), con esos legítimos intereses populares, que el régimen inmisericorde de explotación atestiguado después amargamente por la novela indige-

nista. Y desde luego, inmunes dichas instancias comunales y eclesiásticas, como toda esa época de la Monarquía hispánica, a la connivencia o la humillación ante el despojo y la desnaturalización impuestos por estadounidenses, franceses o ingleses, y a los que no tuvieron más remedio que rendirse las nuevas naciones independientes de España.

Los hilos de esta farsa de enmascaramientos “liberal-conservadores”, cuya devastadora consecuencia extrema la presenciamos hoy en la tragedia nacional de Colombia, los encontrará el lector detalladamente argumentados en la investigación en que el coronel Arce ha contribuido a este número de “Cuadernos de Estrategia”.

El embajador Lozano estudia los resortes vitales de Centroamérica y en especial de Guatemala. La constante depredadora sobre la que se levantan los privilegios de nuestras oligarquías decimonónicas, con sus respectivas implicaciones cívico-militares y extranjerías, son objeto también de un agudo análisis, referido en esta ocasión a la concreta sociedad centroamericana, y en especial a la guatemalteca, en el trabajo del embajador Tomás Lozano. La vida en este escenario hispano gira durante toda la segunda mitad del siglo XX en torno a la guerra civil que Estados Unidos provoca para arrojar del poder al presidente electo Jacobo Arbenz, quien ocupó el poder con el ostensible apoyo democrático de los mayoritarios sectores y partidos de izquierda, claramente definidos, en aquella ocasión y en otras muchas, como hostiles al comunismo. Otra vez eran los pretextos que el “destino manifiesto” se buscaba para intervenir expansivamente.

Pero la injerencia norteamericana, que ya venía siendo escandalosa (aunque todavía sin resultados favorables) en los centros de formación de la oficialidad guatemalteca, terminó por saltar ante el contundente programa de justicia económica y social promulgado por el gobierno de Arbenz: una profunda reforma agraria expropiaba las grandes explotaciones bananeras que, con la complicidad de los poderes económicos nacionales, había dejado en manos de grupos norteamericanos, directamente emparentados con el Secretario de Estado y con la CIA, tres grandes “trusts” hortofrutícolas y cafetaleros encabezados por la United Fruit Company.

Las 162.000 hectáreas expropiadas a esta confabulación financiera, según cita concretamente Tomás Lozano basándose en bibliografía solvente, fueron evaluadas por Estados Unidos en la impagable suma de 16 millones de dólares. Moviendo sus marionetas en la vecina Honduras inva-

dió Guatemala, desencadenando la atroz guerra civil que ha producido (hasta los dos recientes acuerdos de Esquipulas) una hecatombe humana y ha asolado una multitud de comunidades indígenas que desbordan con mucho la zona martirizada del Quiché.

Por fortuna, las cosas llevan encauzadas hace ya unos años. España y sus preparandos efectivos militares han coadyuvado de manera ejemplar e internacionalmente reconocida a la pacificación y reconstrucción de la convivencia nacional. La nueva mentalidad castrense está dejando paso a otro país nuevo y unido. El tema indígena se ha reconsiderado en términos prometedores. Las Cumbres Iberoamericanas funcionan ya en buena medida. Las relaciones interhispanas de Guatemala, y las de todos los Estados hispanos, con el resto de Centroamérica movilizan energías de solidaridad que, como lo demuestran las dos grandes catástrofes de El Salvador en la última década, aunque todavía están lejos de llegar a ser lo que tienen que dar de sí, resultan inéditas desde la Independencia. El rico tejido de detalle que el trabajo de Tomás Lozano nos despliega es en este sentido una documentada aportación de alta calidad.

El economista Déniz analiza sociopolíticamente la singularidad del caso cubano. Las consecuencias son muy distintas de lo que llevamos visto, en la situación de Cuba, donde una revolución nacional (del estilo inicialmente de la de Arbenz) logró tener éxito y ha dejado cumplidos muchos de sus objetivos sociales. Si bien un enmarañado conjunto de factores adversos, entre los que hay que contar la situación internacional de la "guerra fría" y el agobiante bloqueo norteamericano, han hecho pagar a Cuba un precio exorbitante. Un precio que en parte ha consistido en el ascenso político de una cierta nueva oligarquía, favorecida por el cierre defensivo de la situación sobre sí misma. Pero sobre todo por el auge difícil de contrarrestar de una fuerte dictadura personal, puesta al servicio de otra concepción extranjera de la vida, la marxista-comunista, tan extraña al pueblo y a la tradición cubanos como la norteamericana misma.

Lo que José Déniz estudia en este capítulo es el modo de relaciones observable antes y ahora entre las fuerzas armadas y la sociedad cubana, así como el esbozo de un modelo diferente de desarrollo que va abriéndose paso en las circunstancias actuales. El proceso global de instrumentalización del militar más o menos profesional que se da en toda Hispanoamérica, es observado ahora por Déniz en la perspectiva diferente que le da su propio enfoque especializado. La inapelable globalización que el mercado mundial imprime también a aquellos países, fuerza a transformar

su precario sistema de desarrollo, con lo que aparece también ahora la democracia política como un factor civilizador coadyuvante al escenario al que nos abocamos.

Desde 1959 hasta hoy logró imponerse por los insurrectos cubanos un régimen que ponía fin a la antinatural situación que Estados Unidos impuso por la fuerza de las armas de su recién estrenado imperio mundial en las tres provincias ultramarinas de España. (Advirtamos que lo que en ellas existía de régimen de explotación colonial española no era distinto de lo que la misma oligarquía peninsular tenía implantado por las mismas fechas en las regiones interiores españolas, según la denuncia de un relato novelesco fiel como el de "Los santos inocentes" de Delibes). Los detalles estructurales del proceso revolucionario son descritos con precisión por el trabajo del profesor Déniz.

A favor de la "guerra fría", la expansión de fuerzas regulares, médicos y maestros alfabetizadores cubanos en el África lusohablante vino a alcanzar, por otra parte una verdadera importancia estratégica para el arraigo de la lengua castellana en esa importante región del planeta, llegando a constituir un lazo actual muy importante para el actual estrechamiento de vínculos entre Portugal y España y a su vez, la nueva coyuntura que ahora atraviesa Cuba está ayudando a la exploración de un nuevo rumbo en el que la clase política de la Isla tiene puesta a prueba su capacidad de adaptación y de salvaguardia de la gran transformación social conquistada. Un nexo decisivo con la realidad lo están constituyendo también las sucesivas Cumbres Iberoamericanas, en las que Cuba ha conseguido siempre una presencia relevante.

El politólogo Rubio deja al descubierto el núcleo de la transición boliviana desde los años revolucionarios a la instauración democrática. El mismo proceso de fondo, de retroceso a la barbarie oligarquizada y anti-popular o antiindígena que trajo consigo el nacimiento traumático prematuro de las nuevas naciones hispanoamericanas, forzado por la increíble aberración de Fernando VII, tiene otro observatorio sorprendente en el conocido estudioso de los movimientos sociales de Iberoamérica José Luis Rubio, quien ha dedicado su atención al tema boliviano en muchas ocasiones. De aquí que la atención que le dedica en este trabajo goce de particular autoridad.

Parten sus reflexiones de un análisis exhaustivo acerca de los grandes problemas perpetuos de la nación andina, genuino centro estratégico del continente suramericano. Destaca el autor, a partir del marco de su geo-

grafía humana, el asfixiante enclaustramiento impuesto al país, la heterogeneidad física del territorio, la creciente feudalización de su estructura agraria y la oligarquización extrema —la famosa “Rosca”— de su primera riqueza nacional, el estaño, como caso límite de apoderamiento extranjero de los recursos de vida colectivos.

La guerra del Chaco (1932-35) diezma las poblaciones de Paraguay y de Bolivia y mutila los territorios de ésta, para resolver la disputa sobre las nuevas concesiones petrolíferas que disponen sobre la mesa las dos grandes multinacionales del momento. Y a partir de entonces comienzan a actuar los movimientos nacionalistas y revolucionarios. Villarroel, el MNR, las nuevas presencias alternativas de la “Rosca” y la presidencia por fin de Hernán Siles Zuazo (junto con la breve pero positivamente significativa de Luis Adolfo Siles Salinas) marcan el gran momento de la decisiva toma de conciencia nacional.

Después se entrecruzan las desconcertantes figuras de Lechín y Paz Estensoro, Banzer y García Meza. El narcotráfico y los 195 golpes de estado hasta la restauración democrática de los años ochenta nos acercan ya a la situación presente. El profesor Rubio ha dejado constancia al detalle de este proceso realmente paradigmático.

El historiador Borges disecciona las aportaciones sociales que hicieron los presidentes militares a la vida de Ecuador y Perú. Esta es una aportación milimétrica e impresionante que destaca sobre la estructura de ambas sociedades, la ecuatoriana y la peruana, la labor legislativa de sus respectivos presidentes militares desde la Independencia. En Ecuador gobernaron hasta hoy 54 presidentes civiles y 17 presidentes militares. Y éstos ocuparon sus funciones durante unos 74 años de los 171 de la república. En Perú el caso es más acentuado todavía: de los 179 años de vida independiente 39 militares ocuparon la presidencia a lo largo de unos 110 años; frente a 25 presidentes civiles que gobernaron los 69 años restantes.

Desde el tiempo del alumbramiento defensivo de ambas naciones han ido sucediéndose los períodos de proclamación, suspensión y derogación o pérdida de los textos constitucionales. Y siguiendo el entramado y contenido de los mismos, así como la proclamación de los textos legales básicos subsiguientes, el autor pormenoriza con la mayor precisión el reconocimiento del que son objeto en cada momento las libertades, prohibiciones y derechos fundamentales a los que son acreedoras las personas acogidas a la vida nacional. Diferencia también a este respecto los diversos tipos de status reconocidos a la familia, la infancia, la juventud, o

las condiciones de actuación que se les asigna a empresarios y asalariados, agricultores, fuerzas armadas, indígenas, y así hasta los ínfimos rangos sociales de los esclavos o los necesitados.

Como es lógico, el tiempo revolucionario de la presidencia del general Velasco Alvarado (en torno a la ejemplar figura de estadista que desarrolló el antropólogo Carlos Delgado, prematuramente fallecido, y de la institución cívico-militar del CAEM, en la que Delgado concienció a la cúpula del ejército peruano) ocupa un lugar central en esta cuestión de la transformación estructural y la legislación social avanzada de la sociedad peruana. El minucioso diseño al que el profesor Pedro Borges ha sometido este largo siglo y medio de las dos repúblicas andinas merece, en suma, ser tenido muy en cuenta.

El educador Barnach-Calbó presenta otro sorprendente cuadro: el del impacto hispano en Estados Unidos. La reflexión sobre este último trabajo de nuestro presente número de "Cuadernos de Estrategia" me da pie para continuarla después, mientras cierro el comentario global que los seis ensayos reunidos me han ido sugiriendo, tras todo un año de bregar los miembros del Seminario con el trabajo común. Pero de momento me referiré a sus aspectos más inmediatos.

Lo que el autor investiga en primer término, tras dilucidar lo que la polisemia del término "hispano" designa en la situación peculiar de Estados Unidos, dada su confusión con la noción anacrónicamente afrancesada de "latino", es el tema vastísimo de la presencia concretamente española primero, e hispana global después, en Norteamérica.

Esta entrada en situación se desglosa en tres grandes apartados históricos. Primero, el de la herencia española, tal como se va configurando en el período descubridor, poblador, colonizador de la tierra y civilizador de las ciudades, de 1513 a 1821. Segundo, el tiempo en que la población hispana, siguiendo el ritmo de los censos norteamericanos y de la "marcha hacia el Oeste" se va configurando durante el siglo XIX, de 1821 a 1898. Y tercero, el período transcurrido de 1898 a la Segunda Guerra Mundial, con el consiguiente cambio de "status" que trae la crecida contribución en sangre que hace la población hispana a las operaciones bélicas de los ejércitos norteamericanos, después de la ocupación norteamericana de las provincias caribeñas españolas de Cuba y Puerto Rico, con la inmediata consecuencia demográfica de las grandes inmigraciones de ambos pueblos a la nueva y forzada metrópoli.

El campo final del que se ocupa este apasionante trabajo es el de la transición que experimenta la población hispana de Estados Unidos desde su condición originaria de lo que Barnach conceptúa como "minoría invisible" a su lugar actual como "principal minoría". El tema presenta muchos aspectos delicados, tanto para la política exterior norteamericana como para la hispánica del conjunto y de cada una de nuestras naciones hispanohablantes. Pero los problemas enconados de los siglos anteriores son también susceptibles de un enfoque creador y convergente como el que aquí hace el autor. Los pasos de este análisis positivo, donde todo es sumable y las restas se disipan, los concreta Barnach-Calbó en el seguimiento de la masiva inmigración hispana durante la segunda mitad del siglo XX, la política lingüística que han seguido los Estados Unidos, el problema que afronta la población hispana ante el dilema de optar entre su identidad y la asimilación, y el papel de España en este proceso.

Qué deducir de estas investigaciones para una caracterización rigurosa de lo que ahora se está posibilitando desde nuestra pasada modernidad hispánica.

Volvamos, pues, un instante a las ideas que abrieron esta presentación. Es obvio ya que quien tenga necesidad o deseo de conocer lo más significativo de la sociedad iberoamericana en este punto de la relación entre tal sociedad y sus fuerzas armadas, o entre sus civiles y sus militares, leerán con provecho este número de los "Cuadernos de Estrategia". Y no pequeña paradoja: uno de los aspectos más aleccionadores de la cuestión nos lo va a deparar el contraste de nuestros propios países con la sociedad hispanohablante de los Estados Unidos. Es cierto que salta a la vista cómo los treinta millones de hispanohablantes que integran la sociedad hispanonorteamericana carecen de Estado, es decir, de otra vida política que no sea la misma estructura estatal del resto de sus actuales conciudadanos. Y, en consecuencia, su único referente militar es el del ejército de los Estados Unidos. Sin embargo, son muy reveladoras sus coincidencias de fondo con el resto de la vida hispánica en el mundo.

Ante todo, ellos representan hoy el resultado vivo imborrable que dejó en la Norteamérica actual nuestra gran marea del siglo XVI, la prolongada acción civilizadora y espiritual española. A la cual no hay que decir que, lo mismo que ocurría en los vastos territorios americanos del Sur, tanto la servían siempre de cuña penetradora los místicos evangelizadores como las expediciones militares de nuestros hombres. Estas hicieron posible el adelanto constante y espectacular de las fronteras hispanas, con práctica-

mente un siglo de antelación a las restantes presencias europeas en Estados Unidos. Los hechos son, como es lógico, todo lo ambivalentes y desconcertantes a primera vista que una rigurosa crítica histórica pone luego en discusión; pero son los hechos. Y es de este modo como el fenómeno "hispano" en Estados Unidos precedió y permanece a través de cuantas vicisitudes históricas y políticas han configurado a la sociedad estadounidense.

Desde este horizonte de referencia se percibe mejor la magnitud del trance que hoy afecta a la totalidad del mundo hispánico. Así como la importancia de hacer arrancar de una vez todas las posibilidades de reactualización que posee nuestro modelo propio de metáforas y mitos colectivos, de ideas y valores filosóficos y experiencias del espíritu, precisamente desde este terreno cultural peculiarísimo que ahora nos distingue entre el escaso puñado de grandes civilizaciones capaces hoy de disputarse pacíficamente en el planeta el destino del Hombre. Sin perder de vista, eso sí, ni un solo momento, porque nos va en ello el éxito o el fracaso inmediato, que nosotros mismos, los hombres y mujeres hispano y luso hablantes de todo el mundo, acudimos a tan singular batalla interiormente escindidos en dos "almas" o culturas contrapuestas. Porque aquí es donde radica lo único que nos hace de verdad vulnerables.

Una de estas dos "almas" o culturas que nos escinden íntima y sociológicamente es precisamente ésta que hemos internalizado, en buena medida, de nuestros históricos adversarios anglo-eurocéntricos, autofundamentados en todo lo que concierna a la plausible presencia de alguien absoluto, suelto-del-mundo, que tiene su morada en el corazón mismo de cada vida y de la historia humanas. Es obvio que dicha mentalidad autofundamentada, tras los cinco siglos de conflicto que llevan confrontándose nuestras dos modernidades hostiles, se ha hecho hoy ambientalmente inundatoria y ha contaminado la atmósfera mental que respiramos, hasta el punto de no ser ya cada uno y toda la sociedad conscientes de cómo nos afecta, y de habérsenos introyectado como si realmente fuera nuestra única alternativa posible (los famosos "pensamiento único" y "globalización" que se nos estarían imponiendo inexorablemente, como a humanos cuya sustantiva condición libre se hubiera disipado).

Porque la mentalidad histórica que queda enfrente, y bien viva también por cierto, es la nuestra intrínseca, la del hispanismo o iberismo de fondo como tal concepción del mundo. Concepción a cuya recuperación objetiva y meditada tanto viene contribuyendo, como un resarcimiento histó-

rico que España tenía muy merecido, la combatiente pléyade “de fuera”, de los hispanistas que no cesan de proliferarse desde el pasado siglo XX: ingleses, franceses, norteamericanos, alemanes, italianos, y así hasta todos los departamentos de historia y de lengua españolas de las universidades del planeta.

Conviene recordar siempre que sea oportuno, como ahora, que el tronco de esta tradición o modelo de vida humana genuinamente nuestro ha funcionado entre nosotros durante muchos siglos. Entre nuestros pueblos igual que entre nuestros pensadores y artistas fundamentales; y por cierto, “contra viento y marea”. Aun si dejamos aparte (y ya sería dejar) la mina inagotable de los cinco siglos medievales de la Península y Baleares (Ramón Llull, Alfonso el Sabio..., sin olvidar el parcial contenido hispanizado del Magreb, allende el Estrecho) sorprendentemente llenos de alta cultura creadora en aquellos “hispanos”, fueran sufíes, sefardíes o reconquistadores evangélicos, también nuestros antecedentes más próximos, los modernos, son suficientes para que su reactualización viva y meditada agote una existencia intelectual de primer orden.

El primer tiempo de nuestros antecedentes estrictamente modernos abarca, en efecto, desde el llamado “Siglo de Oro” (1549-1648, Westfalia) hasta la expulsión de los jesuitas. Un período en el que la hegemonía hispanoportuguesa guía a Occidente, contra la resistencia rival de una Francia y una Inglaterra en ascenso, hasta que se consuma la declinación interior y la humillación exterior finales de España en Europa y América, al terminar el siglo XVIII.

Pero decíamos que antes se produjo el momento clave del traumático cambio de paradigma que hay que cifrar en la expulsión de los jesuitas por Carlos III (1767). Y esta aparente digresión no es producto de ningún prejuicio anticientífico, o lo que sería lo mismo, de cualquier subrepticio atavismo clerical incontrolado. Todo lo contrario. Es el serio intento de volver a los hechos verdaderos en cuyo redescubrimiento viene empeñada la ingente bibliografía histórica contemporánea. Y la prueba de rigor está a la vista. Desde entonces, el conjunto de las minorías rectoras hispánicas, tanto de España como de América, no ha vuelto a levantar cabeza.

Por mucho benevolencia que pongamos, nuestras clases dirigentes decimonónicas y del siglo XX en Iberoamérica, pero también en España y Portugal (y por muchas excepciones ilustres que busquemos hasta el surgimiento del nuevo paradigma reactualizador que inauguran el movimiento obrero y Miguel de Unamuno), esas añoradas “minorías egregias” que

hemos padecido, pertenecen al más genuino tipo colonial. Eso sí, bien enfrentadas entre ellas como "derechas" e "izquierdas" para entretener históricamente a las clientelas respectivas.

Pero es el caso que a estas alturas tanto nos debe importar no echar en el olvido la goyesca pintura negra de estos doscientos últimos años como el nuevo horizonte mutacional que hemos recuperado al fin. Si nos asombra, por un lado, la ceguera de autonegación de nuestra razón de ser misma en las generaciones anteriores, sería también locura ignorar hoy el vínculo esencial que el cruel sacrificio de nuestros pueblos ha acabado de dejar al descubierto. Que la vida y la dignidad de todo hombre y mujer es lo único sagrado que existe en el universo. Vida y dignidad que son inseparables de los mínimos de propiedad familiar y derechos humanos (educación, vivienda, salud, libertades), sin cuyo servicio efectivo toda sociedad o Estado se hace ilegítimo.

El trance en que andamos metidos es justamente éste de recuperar nuestro profundo humanismo u "hombrismo" colectivo, de la construcción de lo mejor del Hombre. Y a semejante empresa teórica y filosófica, espiritual y artística, reestructuradora en todos los órdenes (incluidos, por supuesto, el científico y el técnico, el empresarial y económico), tenemos que enfocar, como hemos visto, un esfuerzo investigador y reeducador sin parangón con todos nuestros logros del anterior milenio hispano.

Pensemos en que hubo un tiempo en el cual todos los hispanos vivimos a cubierto de un Estado o una Monarquía capaz de redactar y hacer cumplir severamente las humanistas leyes de Indias. Sí, sí, claro está, dentro de ciertos límites de incumplimiento. Pero hacer aquello no podía resultar más insólito en la Europa de su tiempo, donde no estaba en vigor más ley que el rápido y eficaz enriquecimiento y ascenso en el poder del hombre burgués autofundamentado. Y además, si las tales Leyes de Indias no fueron todavía promulgadas democráticamente, ese reproche caería en puro anacronismo si no reconocemos a la vez que fueron sólo expresión de la más elevada conciencia colectiva.

Mientras no escribamos otros libros y metáforas de cabecera tan importantes como aquéllos, se impone que quien tenga ahora empleo o influencia pública, por el canal que sea, se familiarice con los mismos textos inmortales que generaron nuestra primera grandeza. El Blanquerna, con su "Libro del amigo y el amado Iuliano", el "Quijote" de Cervantes, la "Utopía" "dictada" a Moro por un naufrago portugués, la "Llama de amor" juancruciana y las "Moradas" de Teresa de Avila, el "Criticón" graciano y el

Segismundo de “La vida es sueño” de Pedro Calderón, la “Política Indiana” de Solórzano Pereira, la “Política de Dios” de Quevedo, o junto con sus menores “Locuras de Europa”, las famosas “Empresas Políticas” o “Idea de un príncipe político cristiano. Representada en cien empresas”, de Saavedra Fajardo, el sobresaliente adalid que advirtió de su destino crepuscular a toda la generación del Conde-Duque de Olivares.

Para venir luego, ya en esta segunda salida de la ideal España-Don Quijote al campo del mundo, al “Sentimiento Trágico” de Unamuno o al bloque zubiriano que constituyen la trilogía sobre la “Inteligencia Sentiente” y “Estructura Dinámica de la Realidad”. Es sólo después cuando vienen nuestros hispanistas hispanos y extranjeros de las últimas décadas. La sintonía adecuada con lo esencial de nuestra concepción del mundo y nuestro imaginario colectivo será entonces un hecho: el nuevo factor capaz de potenciarnos creadoramente.

EL COORDINADOR DEL GRUPO DE TRABAJO